

## Con un abrazo a Julio

MIGUEL PELAY OROZCO

Siento de antiguo una particular devoción por la familia Baroja. Los afectos, como las antipatías, tienen siempre un origen. ¿Cuál fué el de esta dilección mía?, me pregunto. ¿Cómo pudo, no ya surgir, sino consolidarse sin mediar un trato que, como en este caso, nunca pasó de esporádico y distante?

He solido pensar y lo he dicho más de una vez, que el autor de una obra y la obra misma han de corresponderse y forjarse recíprocamente. La idea, que ya a mí mismo se me antoja un tanto "singular" —y no digamos si se aproxima al rango de convicción—, no bien esbozada me ha solido proporcionar tantas impugnaciones como personas consultadas. Y sin embargo, mis presunciones las he visto casi siempre confirmadas.

Para no incidir en rodeos adelantaré que en el origen de mi amistad está Baroja. El gran y epicéntrico don Pío. Creo que en él se da la más ejemplar correlación del autor con su obra. Pero está también mi sempiterna tendencia a combatir la mentira, la falacia y la injusticia. Esto podría parecer una manifestación de egolatría por mi parte. Allá quien lo piense, pero no hay tal. No perderé mi tiempo —ni el del lector— en defenderme porque no veo el motivo. Lo que sí intentaré es aclarar un poco este embrollo.

Es el caso que yo fui un lector muy joven, casi un adolescente, de Pío Baroja. Me anticiparé a proclamar que su poesía, que nada tenía que ver con la acartonada metrificación que prevalecía en el tiempo, me conmovió desde el primer momento. Y es una sensación que aún hoy, avanzado ya en años, no ha envejecido para mí. Por ejemplo siempre que cierro los ojos para evocar mejor el epitalamio del Adour y la Nive, se apodera de mí una emoción y una melancolía inefables. Impresión parecida experimento cuando me da por releer algunas páginas tuyas, como la de la deliciosa Mari Belcha, ¿en qué pensaría nuestra *neska* al contemplar los montes lejanos y el cielo pálido?;

Elizabeth y sus amores crepusculares; el elogio sentimental del acordeón, con aquel joven grumete tocando su viejo instrumento a la caída de la tarde; las actividades del pintoresco Lecochandegui, con sus constantes y grotescas barrabasadas; el memorable *Angelus*, con la trainera costeano allí abajo, al pie de los cantiles de Iciar, de cuya iglesia surge el toque de oración y el consiguiente rezo del patrón y los remeros. Eran trece los hombres...

¡Y sus novelas de marinos! Acababa uno de dejar las historias infantiles de Salgari, con su zarabanda de corsarios, abordajes, fragatas, motines, costas fortificadas del Caribe... y se encuentra de pronto con otro mundo de turbulencias y agonías, pero que lo intuye más próximo porque barrunta ya la presencia de los vascos. Efectivamente. Ahí viene el cortejo de capitanes y pilotos de altura: Shanti Andia, el capitán Chimista, Embil, Juan Aguirre, Galardi, el viejo Zaldumbide... En el ambiente predominan los tipos de bronce y una escenografía calidoscópica de parche en el ojo tuerto, loros sobre el hombro, patas de palo y mancos con garfios en sus muñones. Los marinos barojianos se abren paso. Son valerosos y astutos, amantes de la aventura y sin demasiados escrúpulos. Algunos son de mal carácter. Chimista, no. Chimista es alegre y un tanto misterioso. Y Shanti es de carácter introspectivo y amante de la lectura. El final del uno de los libros que se refieren a estos marinos, resulta melancólico y hasta patético. Se trata de *Las inquietudes de Shanti Andia*, auténtica joya literaria que entusiasmaba al maestro Azorín, y es el propio Shanti (el protagonista narra los hechos en primera persona) quien, tras manifestarse satisfecho de que sus hijos no van a ser marinos, cierra la última página de la novela con esta frase nostálgica: "Los vascos se retiran del mar"...

Dentro de la ingente aportación de don Pío a la literatura vasquista está la creación de un personaje de excepción: Zalacain. Ya en su misma emersión concurre una significativa eponimia al ser bautizada la obra con su propio nombre. Martín Zalacain, el aventurero por antonomasia, es un joven gallardo, decidido, admirado, envidiado, odiado, que ha tenido una infancia triste y, si cabe decirlo, a la vez feliz, pues, si bien es cierto que quedó huérfano de corta edad, también lo es que se encargó de su educación su tío Tellagorri, hombre de vida irregular, amigo del *xurru* y presto siempre a pontificar en aquel areópago rural cuya sede se hallaba en la taberna del pueblo.

El viejo Tellagorri hizo que su sobrino acudiera a la escuela, pero tuvo que sacarle al poco tiempo porque zurraba la badana a los demás chicos. A partir de entonces fue bandeándose por su cuenta y asimilando las enseñanzas que le impartía su tío, entre las que figuraban el conocimiento y las aplicaciones de las diversas *belarras* que se daban en las afueras de Urbia; la forma de

matar las gallinas sin que alborotasen; el modo de coger los higos y las ciruelas de las huertas sin ser visto, y a distinguir las setas comestibles de las venenosas. Así fue creciendo y se hizo hombre Martín. Y dado que era un joven inteligente y audaz llegó a desempeñar varios oficios, entre ellos, los de recadista, paquetero, contrabandista y pelotari de trinquete con fama en la comarca, y conoció muchos otros medios de incrementar sus ingresos. Como digo, las cosas le fueron bien. No puedo contar aquí toda su vida, ni la del viejo Tellagorri otro gran personaje barroquiano que fue a morir cuando llegaba la juventud del mozo. En cuanto a éste, sólo diré que tuvo una vida breve como lo son las de los héroes pero muy romántica y llena de aventuras, hasta que fue muerto a traición en 1876, precisamente en el mismo año en que, también a traición, “mataron” a los Fueros Vascongados. ¿Incurriría en esta deliberada coincidencia un escritor *antivasco*?...

Añadiré que según nos cuenta don Pío, en el pequeño cementerio de Zaro, al otro lado de la *muga*, muchos años atrás se presentaron una mañana tres viejecitas enlutadas, depositando cada una de ellas una rosa sobre la tumba de aquel legendario joven que se llamó Martín Zalacain. Una de las flores era roja, otra negra y la tercera blanca. Y es fama que la lozanía de aquellas tres flores duró mucho tiempo. Muchísimo, recalcaba el cronista de la época...

Tal vez haya cansado un poco al lector emitiendo esta especie de “video diferido” sobre el matiz vasco que trasciende de la obra de este escritor a quien uno conceptuaba y por supuesto que sigue conceptuando como la quintaesencia del vasquismo, mientras aquí se le tenía por antivasco. Nada menos. La primera impresión que yo experimenté ante tamaño absurdo —y ya han transcurrido unos cuantos años— fue de estupor. No podía comprender que una mayoría de vascos rechazara a uno de sus más característicos e ilustres literatos, y mucho menos, tildándole de antivasco. Era mezquina politiquería que surgía de las espeluncas obscurantistas de nuestra tierra y de nuestro tiempo. La cuestión es que quienes idearon el tal sambenito ni siquiera le habían leído. Estoy por decir que ni a él ni a nadie. Pero la cuestión era descalificar a quienes no se plegaran a sus designios y don Pío era uno de ellos y de los más fieros y contumaces, además. Yo creo que la estupidez le dolía físicamente. A propósito del sambenito del antivasquismo que le enjaretaron, me viene a la memoria una extraña y aguda observación de Julián Marías según la cual —y creo citar textualmente— cuando se dice una tontería hay la seguridad de que se repetirá interminablemente. Y por supuesto que el sambenito en cuestión subsistió. Tampoco debemos ovidar que hasta hace pocos

años todavía persistía aquella tremebunda sentencia acuñada en 1827 en la Universidad de Cervera. *¿Remember?* Aquella del: “Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir”...

Y así, entre leyentes en paro y abstinentes vitalicios de “la peligrosa novedad”, el caso es que fueron transcurriendo los años y al cabo empezaron a aparecer algunos tipos que contraían la inquietante manía de leer. Y años más tarde, otros que incluso se atrevieron a escribir. Así se empezó a ganar la batalla reivindicatoria de Baroja. Así empezó a fraguarse el derrocamiento de los zoquetes.

Uno que actualmente cree poco en la influencia del escritor en los avatares culturales de los pueblos, o por lo menos del suyo, tiene que reconocer que años atrás fue decisiva, sin ir más lejos en este mismo caso de Baroja. Yo mismo tuve numerosas y apasionadas discusiones con algunos propulsores del gratuito antivasquismo. Recuerdo que en Caracas, que es donde yo me inicié en el oficio de escribir, vale decir, en el de pensar para mí y para los demás, únicamente Iñaki Urreiztieta coincidía conmigo, no solamente oponiéndose al supuesto antivasquismo de don Pío, sino afirmando su hipervasquismo. Ambos sostuvimos varias polémicas en publicaciones del exilio, con escritores también nuestros. Pero ahí íbamos ya en ventaja. Iñaki “y los dos” habíamos leído largamente a don Pío, mientras nuestros antagonistas, movidos por impulsos pretendidamente políticos y sin mayor conocimiento del tema, sólo se defendían repitiendo lugares comunes que trascendían ya a naftalina.

Han pasado los años y la Historia ha dado su veredicto definitivo. Pero la Historia, como el ejercicio de la Justicia, actúa siempre con una lentitud desesperante. Naturalmente, hoy no se le ocurre a nadie definir a Baroja como antivasco, mas, para llegar a tan palmaria conclusión hubieron de transcurrir más de cincuenta años. Medio siglo de tensiones e intransigencias. Al principio, la hueste barojiana, aunque extraordinariamente unida —rebobinando recuerdos establecería un paralelismo con la increíble fusión de los actuales radioaficionados dispersos por el mundo— era muy escasa. Pero pasando el tiempo fue aumentando el número de barojianos. Cada uno hacía lo que podía: unos discutían con ardor; otros participaban en mesas más o menos redondas; otros, escribiendo. Mi contribución, que comenzó casi en la adolescencia, culminaría muchos años después con la aportación de dos volúmenes monográficos: *La ruta de Baroja* (1962) y *Baroja y el País Vasco* (1974), amén de innumerables artículos y conferencias, anteriores y posteriores y de muchos trabajos insertos en otros libros míos, tanto en la Venezuela de los años cuarenta, como después, en el País. Baroja fue para nosotros como una bande-

ra. Esto puede parecer hoy un dislate pero así fue y me felicito por ello. Y en el primer libro que publiqué después de regresar de América —editado por la Editorial Sendo, de Bilbao— pedía ¡hace más de treinta años! una calle en Donostia para Pío Baroja. Creo que fui el primero en dar ese paso, pero si no es así lo rectificaré. Tardó tiempo todavía pero hoy tenemos, en Ondarreta, un paseo precioso, con una hermosa escultura de Nestor Basterretxea, dedicada por Donostia a Pío Baroja.

También se le motejó de impío y de anticlerical y aquí habría mayor motivo, fuese o no suya toda la culpa —que no lo era— de que se le asignara otra vez un “anti” infamante. No voy a exculparle, por tanto, de la parte de culpa que pudiera corresponderle en esta cuestión, pero sí puede servirnos de reflexión el respeto y la admiración que profesó siempre por don Joxe Miguel Barandiaran, que no dejaba de ser un sacerdote. Y prominente por cierto. Esto que digo se refleja en el hecho de haberle encomendado —a él y a don Telesforo Aranzadi— la misión de contribuir al adiestramiento de su sobrino Julio en el campo de la Antropología, la Etnografía, la Mitología, etcétera, y todo lo que conlleva en el campo de la influencia y de la formación humanística de un adolescente que acababa de cumplir los diecisiete años y no había ingresado aún en la Universidad. Si don Pío hubiese sido el realcitante anti-religioso que se nos había hecho creer, es seguro que no hubiese dejado en manos de un hombre de iglesia —también Aranzadi era un católico sin fisuras— a uno de los seres que más quiso en su vida. ¡Y, qué reciprocidad en los afectos! Yo, que tuve la fortuna de tratar mucho al sabio *ataundarra* desde su instalación en su pueblo natal tras el largo exilio a que fue sometido por gentes tan viles como estúpidas, puedo dar fe, y naturalmente la doy, de la simpatía y el afecto con que don Joxe Miguel hablaba de Julio.

Uno de los episodios que le gustaba relatar a Barandiaran era el del día en que Julio se presentó ante los “tres tristes trogloditas” —Aranzadi, Eguren y él mismo— portando una especie de flautín o caramillo con el que tocó alguna alegre *biribilketa*. Julio, por su parte, tiene dicho que aprendió más con aquel terceto de “trogloditas”, que en años de Universidad.

Hay situaciones, lugares e incluso personas en la vida, que uno tiene la impresión de haberlas conocido sin haberlas visto jamás. Esta callejuela, aquella fuente, el tipo encorvado que vemos por primera vez en una ciudad absolutamente desconocida, nos resultan familiares. *Los conocemos*. Con Julio me pasó algo de ésto. Cuando nos saludamos por primera vez, me pareció que nos habíamos visto y tratado con anterioridad. El caso más curioso fue que cuando leí la patética despedida entre tío y sobrino en las alturas fronterizas de Ibar-

din, en plena guerra incivil, tuve la sensación de *revivir* la escena. Como si hubiera estado presente, quiero decir. Algunas reacciones tuyas ante diversas situaciones, no es que las haga mías, sino que creo recordarlas. Lo mismo me sucede con algún comentario referido a su tío, como cuando nos lo describió como poco aficionado a los razonamientos largos —“en esto sí que fue un vasco típico”, apostillaba Julio—. Es una frase que me trajo a la memoria a mi inolvidable amigo Yon Oñatibia, que solía decir que a eso, en su Oyarzun natal, llamaban *arrazoi motza*.

Julio Caro explicó en una ocasión que el ser sobrino de Baroja le había acarreado, antes y después de la guerra (nuestra generación fue partida en dos: en un *antes* y un *después*), sonrisitas avinagradas de catedráticos, funcionarios postbélicos, hispanistas extranjeros, estudiantes comunistas, gente de la derecha —o de la “derechona”, como suele decir Alfonso Guerra en sus mítines sandungueros—, etcétera, pero que el ejemplo que le fortaleció en su soledad fue el de su tío. Y fue acercándose a la vejez cuando vino a percatarse de que el haber tenido en él a un modelo de “estoicismo y de ascetismo” como el que tuvo, le vino muy bien para enfrentarse a los tiempos execrables que le esperaban.

Al igual que su tío, Julio ha sido siempre un hombre pesimista. En don Pío concurría, además, la mala idea que tenía acerca del hombre en general. En esto disentía de su padre, don Serafín, que hizo de la amistad un auténtico culto. Por sus amigos donostiarras sentía un fervor especial pero, el parecer, cuando necesitó ayuda todos ellos se llamaron andana y tuvo que ser una afortunada jugada de Bolsa la que le sacara del apuro. Lo que no fue obstáculo para que siguiera distinguiéndoles con su afecto. Se ve que don Serafín fue un tipo optimista y alegre por naturaleza y todavía hay algún retrato cuya festiva expresión parece atestiguarlo. Don Pío, sin embargo, tomó la vida en serio y en algunos aspectos fue un crítico riguroso de su tiempo y hasta puede que retuviera más los aspectos negativos que los positivos que deparaba la vida.

Hay anécdotas que apoyarían esto que digo: una de ellas, la incidencia que se produjo en la biblioteca de don Pío, en Madrid, con ocasión de una visita que le hizo Valle Inclán en su casa de la calle Mendizabal que sería años después destrozada por la guerra. Parece que ambos escritores sostenían una discusión y para poner fin al debate, don Pío se subió a una silla un tanto destartalada, intentando alcanzar un libro situado en un anaquel alto, que podría aclarar el asunto. Los Baroja tenían a la sazón un perrito llamado “Yock” (al que Azorín le dedicó un artículo) que era cariñoso con las visitas, ante las cuales y como haciendo una gracia, se erguía levantando las patitas

delanteras. En una de éstas, don Pío desde su insegura encaramadura volvió la cabeza y sorprendió al autor de las *Sonatas* dándole un puntapié en el hocico a “Yock”. Don Pío hizo un gran esfuerzo por contenerse pero, aunque siguieron tratándose como amigos durante muchos años, está claro que no terminó de perdonarle aquel puntapié aplicado a un perrito indefenso. Años, muchos años más tarde, contó don Pío el incidente en sus *Memorias* —que además constituyeron un riguroso examen de conciencia personal— y lo hizo con crudeza, sin que el tiempo transcurrido ejerciera su habitual función lenitiva. En suma: no le perdonó.

Hubo cierta diferencia de matiz entre el pesimismo del tío y el del sobrino. Don Pío lo reforzó, suscribiendo la vieja sentencia de Hobbes: *Homo homini lupus*. Julio no necesitó suscribir ninguna sentencia ajena y menos, tan radical, pero dejó escrita esta otra que tampoco induce precisamente hacia el optimismo: “La vida es una bebida amarga y fuerte”.

A veces, viéndole a Julio con su aspecto un tanto frágil y el aire quebradizo he solido pensar: No es posible; este hombre es fuerte. Parece delicado pero cada año produce una obra gigantesca —libros, conferencias, artículos, prólogos, presentaciones...— que otro cualquiera, bien dotado física y mentalmente, necesitaría un decenio para llevarla a cabo. Creo que Julio sería el mejor exponente de esa “mala salud de perro” de que se habla festivamente. Hace unos días, leyendo unas manifestaciones de su hermano Pío, he visto confirmado mi punto de vista. Se refería al comportamiento de su tío y tocayo, en una época en la que hubo de asumir el papel de padre y afirmaba que siempre se mostró muy cariñoso con ellos. Y recordaba que, habiendo sido médico en Cestona, se preocupaba mucho cada vez que los escalofríos, fiebres y catarros asomaban por *Itzea* y que solían afectarlos principalmente al tío Ricardo y a él. “Porque Julio —creo que transcribo a la letra la frase reciente de su hermano Pío— ha sido siempre fuerte como una roca, con diabetes desde hace cuarenta años, pero ni un mal catarro”.

Para mí, Julio ha sido —y quizá él no lo sepa— un auténtico maestro. Ya en Venezuela le “descubrimos” Urreiztieta y yo cuando, hace más de cuarenta años, cayó en nuestras manos su libro *Los vascos*, que nos causó a ambos una gran impresión. Casi siempre que me refiero al tema barojiano, menciono a este compañero con quien me inicié en este oficio de escritor, tan ingrato a la vez que fascinante. Urreiztieta era un vizcaino de Santurce, enamorado del mar y por ende —por ese “ende marino” precisamente— barojiano. Murió hace treinta y tantos años y dejó tres libros publicados y uno inconcluso. Era hermano de Lezo, quien se hizo famoso en nuestra guerra a causa de las

numerosas veces que burló con su misterioso barco el bloqueo del puerto de Bilbao por parte de la armada franquista. Este Lezo, enigmático y audaz, era un auténtico personaje barojiano, de la misma progenie romancesca del capitán Chimista y Shanti Andia. La ficción y la historia se dieron aquí la mano y dentro de la más perfecta conjunción Lezo irrumpió en el mundo de la leyenda y Chimista en el de la historia.

Decía que Julio fue para mí un maestro y debo matizar un poco la expresión indicando —sin incurrir en ningún chiste— que el suyo fue un magisterio “a distancia”, como los que hoy se estilan. De su conversación, de sus glosas, de sus artículos y de sus libros se espigan muchos conocimientos y sus observaciones enriquecen. Otra cosa que puede aprenderse de él es su sinceridad, su valentía para exponer sus opiniones sin recurrir a los burdos pero siempre eficaces halagos de que se sirven los políticos para ganarse adeptos, de su ética y de su sentido moral... No es fácil seguirle pero el caso es que su sensibilidad se abre paso y “contagia”. Sabido es que Julio es uno de los etnógrafos europeos que más y mejor ha estudiado la brujería en general y la vasca, cuya fama en el pasado se extendió por todo el Continente en particular. Lo que no es tan sabido es que fuese *La Leyenda de Jaun de Alzate*, una de las obras cimeras de don Pío, la que marcó su vocación por la Etnografía y las creencias vascas.

Yo, que tengo casi dos años más que él, he conocido a algunos baserritaras cuyas ideas parecían referirse a un mundo mágico y primitivo, que no se correspondía con la época en que vivía. No era sólo eso. Aunque nosotros vivíamos en San Sebastián, ciudad en la que este tipo de creencias arcaicas ya no tenía vigencia, por nuestra casa pasaron personas, entre ellas cierta inolvidable oriotarra, que en los atardeceres invernales nos contaban historias estremecedoras de *begizkos* (aojamientos), extraños exorcismos, brujas, seres humanos transformados en animales, Damas de Anboto, etcétera, en las que creían a pies juntillas y cuyo convencimiento nos lo transmitían íntegramente a quienes componíamos su angustiado auditorio infantil. Algunas de estas historias las encontré muchos años después, no recuerdo si entre las leyendas recogidas por don Joxe Miguel o en las de don Resurrección María de Azkue. Pero, como quiera que fuese, ese sistema de comunicación oral era el que funcionaba desde tiempos inmemoriales en todas las aldeas, caseríos y predios aislados del País Vasco. Y las narraciones a que me estoy refiriendo corrían siempre a cargo de las *amonas* o personas de edad, que entonces eran muy respetadas, dado que la ecuación ancianidad-sabiduría estaba sólidamente asentada y a nadie se le hubiera ocurrido cuestionarla. ¿Cómo no iban a creer

que era verdad lo que contaban? Por otra parte, tales personas no inventaban nada. Lo que relataban lo supieron por el mismo conducto informativo que ahora ponían ellas en práctica sin albergar la menor duda acerca de su veracidad. Y ellas, por habérselo oído en la infancia a sus mayores. Y éstos a sus predecesores. Y así, de eslabón en eslabón, tanteando empirimos o apoyándose en normas ancestrales se fueron forjando las creencias. Así también las tradiciones. y los mitos. Y las leyendas. y las viejas culturas de los pueblos viejos...

Puede que más de un lector se sorprenda —y Julio el primero— si digo que ha sido uno de los hombres que en una cuestión tan delicada, tan personal y, por supuesto, tan trascendental, como lo es la de la Religión, haya tonificado mi espíritu —nunca le viene mal al espíritu ser tonificado— como él lo ha conseguido con su palabra y su modélico proceder.

Hace unos años apareció publicada en un periódico de Madrid una entrevista que le hicieron a propósito de este tema y nuestro amigo fue respondiendo una a una a cuantas preguntas surgían, y lo hizo de una manera serena y con gran precisión. Creo recordar que el entrevistador no se contentaba con vaguedades más o menos retóricas, pero el inquilino de Itzea en ningún momento se inmutó ante aquella especie de “juicio incruento”. Una cosa que dejó clara es que aunque él no se considerase un practicante regular de los deberes religiosos, ya no daba bandazos ni tenía problemas de fe. Se definió como creyente humanista y aseveró que la cultura humanística aportaba una base muy positiva para la fe religiosa, y que la substitución de la fe por un mecanismo simplemente humano o regido por la técnica, había dado resultados catastróficos.

Casi al mismo tiempo, en una revista cultural también madrileña, creo que fue en la *Revista de Occidente* postorteguiana, leí otro artículo de Julio en el que se ocupaba de dos comportamientos religiosos que había tenido oportunidad de presenciar en sendos funerales celebrados en el curso de una misma semana: uno, en Bera de Bidasoa y el otro en Madrid. A nuestro amigo le impresionó profundamente el que tuvo lugar en la pequeña localidad navarra en sufragio por el alma de una señora muy querida en el pueblo, y en el que la concurrencia se condujo con un respeto, un sentimiento y una participación emocionantes. Lo que no sucede ya en los de las grandes ciudades, Madrid entre ellas y en los que los asistentes a la ceremonia, nada más pisar el atrio, rompen a intercambiar sus chismes, parloteos y jocosidades.

Por cierto que en el comentario de Julio se traslucía cierta simbiosis, para mí inédita y, —¿por qué no decirlo?— muy grata, entre su concepción vinculante del factor religioso con el del ser vasco.

A mí me han solido reprochar el haber exaltado en demasía a Baroja, achacándole una manera de conducirse turbulenta y destructiva. Julio, en un prólogo que escribió para mi libro *Baroja y el País Vasco*, aparecido con motivo del centenario del escritor, escribió esta frase que, entre otras cosas, tiene un marcadísimo sello barojiano: “Si un país no tiene hombres problemáticos, pobre de él”.

Por lo que veo, a más de uno le sorprenderá la afirmación de Julio Caro Baroja relacionada con el peligro que suponía la aceptación gratuita de diversas ideas previas y mal investigadas. Pero fue precisamente el propio Julio quien nos advirtió que se debía a don Joxe Miguel Barandiaran la reacción contra este proceder. Prevengo que todas estas cosas están, no ya dichas, sino *escritas*. Por tanto, intentar enfrentar a ambos ilustres etnólogos no parece tener sentido. Y menos, la pretensión si es que ha existido de encumbrar a uno de ellos para hundir al otro. Así se ha *escrito* (yo no invento nada y en una posible polémica deberán ser sus participantes quienes hayan dado —repito: *por escrito*— sus puntos de vista divergentes). por ejemplo: se nos ha dicho textualmente que Julio “desmitifica los orígenes y el papel del caserío y lo sitúa en su verdadero horizonte laico y civil, rescatándolo del edén mitológico o mitomaniaco donde lo había situado uno de sus maestros, el venerado José Miguel de Barandiarán”. Y más adelante, pero en el mismo párrafo, es decir, como queriendo remachar el inesperado clavo metafórico, se nos habla del “venerado” y de un “olimpo de antropólogos angelicales”.

Pues bien. Vamos a ver: Julio no ha desmitificado nada. Ni se lo ha propuesto. Lo que ha hecho ha sido estudiar el fenómeno encuadrándolo en sus diversas etapas y emplazamiento. El conoció tipos —perdóneseme la insistencia: lo dice *por escrito*— como por ejemplo, un casero de Bera a quien todos tenían en el pueblo por un poco chocholo, sencillamente porque era ya viejo y creía cosas actualmente absurdas pero que en otra época se consideraban axiomáticas en todo o en casi todo el país. Según aquel campesino continuaba Julio, el volar por los aires era algo frecuente, así como el hablar con los animales y descubrir su antigua naturaleza humana. Y entre las personas que le consideraban algo chiflado, había otro *baserritarra* vecino de Itzea, que se burlaba de las ideas del viejo, pero que a su vez admitía haber oído en el monte ladrar a los perros del rey Salomón.

¿Es esto —me pregunto— rescatar algo del edén mitomaniaco a que se alude en el mencionado texto?...

Esto no es un alegato mío en favor del sabio ataundarra. Esto *está escrito* por el propio Julio hace más de veinte años.

No es cuestrión, pues, de afirmar o negar la existencia real de los mitos, que en eso estaríamos todos de acuerdo. Pero lo evidente es que en nuestra tierra y centrándonos en Gipuzkoa, que es la zona que uno conoce mejor, los gentiles, Basajaun, las lamias y las sorgiñas dejaron una huella que ha perdurado y aún perdura en algunos aislados caseríos de nuestros montes, como una sombra misteriosa del pasado.

Volviendo al trato un tanto despectivo que se ha dado a don Joxe Miguel Barandiaran a través de un insólito cotejo con Julio, inserto en un artículo cuyo objeto debía ser el de exaltar la figura señera (no es palabra que le gustara demasiado a don Pío, pero en fin) del hombre que ha dado vida a una especie de museo —los museos no la tienen— y que, en mi opinión ha recogido el espíritu de un siglo de estirpe barojiana. Ese cotejo, pues, sobra, no viene a cuento. Sólo podría servir para reincidir en la nefanda tradición del *buruz-buru* vascongado —Parientes mayores, agramonteses-beamonteses, oñacinos-ganboinos, etcétera— que ha solido esterilizar nuestras más prometedoras perspectivas. Pero, ¿qué se pretende con esta extraña maquinación y a estas alturas? ¿Acaso menoscabar, por religiosa, la prominencia científica que haya podido alcanzar Barandiaran? Esto apuntaría hacia un sectarismo absolutamente ñoño y anacrónico —¡vaya proceridad ideológica la que nos gastamos!— ¿No cae en la cuenta el presunto denigrante, que don Pío, en su etapa más anticlerical pasó por alto semejante sandez y confió la educación antropológica con todas sus derivaciones, de su sobrino Julio- hace sesenta y cuatro años!— al mismo *homme d'église* que ahora se pretende discriminar?. Creo que la célebre consigna del mayo del 68: “la imaginación al poder”, no se reforzaría mucho con progresismos de tal laya. Y deberíamos saber que ya para entonces, principios de los 30, el profesor Barandiaran, el antropólogo “angelical” era conocido en todos los centros de investigación de Europa. Y pese a quien pese —y no entiendo por qué tiene que pesar a nadie— en el campo de la Mitología, las ideas de Barandiaran y las de Julio Caro eran prácticamente las mismas. Los dos cultivaron el trato con las gentes de las aldeas y caserío, por lejos que se hallaran. No desdeñaron los libros, claro está, pero enriquecieron sus conocimientos con abundante trabajo de campo.

No quiero concluir este trabajo que consagro, como mi vieja devoción barojiana, a Julio Caro, de quien, sin incidir en el concepto chapucero y ramplón de los *rankings* al uso, puede afirmarse que ha alcanzado la cumbre de esa cultura enciclopédica y humanista cuyos pregoneros van desapareciendo ante los embates implacables del especialismo y de la tecnología, que arrasan con todo. Tal vez la vertiginosa eclosión de nuevos elementos, científicos, artísticos, técnicos, sociológicos, didácticos, etcétera, que a su vez generan multitud de subdisciplinas, obliguen a ese mutis del estamento humanístico que muchos echamos ya de menos. No quisiera pecar de retrógrado ni de misonéista, pero no concibo —y creo poseer o, al menos, haber poseído, bastante imaginación— ver al profesor Barandiaran, a don Manuel Lekuona, al doctor Marañón, a su colega Justo Gárate, a Aldous Huxley o al propio don Pío, cogitando en torno a sus respectivos enunciados, proposiciones, tramas, etcétera, por medio de ordenadores. Y, claro; aquellos personajes y otros como el doctor Julián Bergareche y el genial Oteiza en nuestra tertulia que hace cuarenta o cincuenta años tenía por sede la Biblioteca de la Diputación —tras cerrarse al público el salón de lectura— eran conversadores llenos de interés, a quienes se podía escuchar sin pestañear durante horas enteras, pero han ido desapareciendo. Y con ellos las tertulias. Ahora, en una reunión social todos son solistas. Solistas que sólo tocan un instrumento, el suyo propio. El pintor habla de pintura; el escultor, de escultura; el arquitecto, de edificios; el físico, de física, el novelista, empeñado en explicar los avatares de sus personajes... Ya no surgen conversaciones sobre temas generales en las que todo el mundo podía intervenir. Entonces exitían tertulias en todas partes: desde las reboticas de los pueblos pequeños en las que se discutía sobre lo divino y lo humano hasta las que tenían lugar en los cafés de las ciudades importantes, que aglutinaban a artistas, cómicos (consagrados o de la legua), literatos y políticos. Como decía un amigo mío un tanto chusco y poco aficionado a la cultura: gentes de mal vivir...

Pero, vuelvo al tema. Decía que no quería poner el punto final a esta mi difusa aportación al homenaje a Julio, sin expresar también como indeclinable anexo, un recuerdo lleno de cariño a su hermano Pío y los suyos. La Naturaleza, que a veces se muestra inclinada hacia la chacota y la confusión, ha conferido a ambos hermanos dos personalidades muy diferenciadas, tanto desde el punto de vista físico como desde el caracterológico. Si Julio ha sido siempre un hombre de aspecto más bien delicado, serio, reflexivo y como inclinado a la introversión y al pesimismo, Pío vendría a constituirse en su antítesis y su imagen, reforzada por una fuerte complexión y un temperamento optimista y jovial, resulta mucho más comunicativo y sociable. Sin embargo,

existe a mi juicio una falacia en estas referencias comparativas, porque semejante despliegue de disparidades encubre la identificación más absoluta en cuanto se relaciona con sus respectivos mecanismos de ideación, hasta el punto de que dejan de ser dos para fundirse en uno sólo. Y la contradicción es tanto mayor cuanto que esta unificación no se debe a la posible preponderancia de uno sobre el otro, sino que es genuina y espontánea en ambos. Probablemente, Julio y Pío, ante los problemas que les haya ido planteando la vida, habrán reflexionado y actuado con un único criterio común.

Cuando murió don Pío, Julio puso un cable a su hermano que todavía residía en México, con este breve texto: *Gaur il da*. Muchos años después, el propio Julio se preguntaba por qué redactó la triste noticia de un modo tan lacónico y en una lengua que resultaba sospechosa —quedaban todavía veinte años de franquismo—. Y el primogénito de *Itzea* afirma que le pareció más íntimo, más recatado, menos oficial. Esta es una ida de vasco que revela un fondo de pudor; una tendencia a no exteriorizar el profundo dolor que les afectaba.

Yo recordaré siempre a Pío Caro Baroja aquel 28 de diciembre de 1972 (centenario del nacimiento de don Pío), al pie de la estela vasca de Oteiza erigida en las inmediaciones de *Itzea*, leyendo con voz quebrada por la emoción una exaltada cuartilla que nos conmovió a todos.

A ambos hermanos y al viejo palacio de *Itzea*, familiar y hasta quizá sacralizado por cuantos a lo largo de nuestra vida hemos sentido el fervor por el querido *maixu* —lo diré en euskera—, parafraseando a Julio y para no airear mi propia emoción: *Artzazute biyok besarkada anaikor bat...*